

# HISPANIDAD PARA UNIR Y NO PARA SEPARAR

La Vanguardia - editorial - 12.10.07

CONTRA el sentir de una población que vive confiada en el presente y quisiera mirar hacia el futuro, regresan los ecos de los viejos enfrentamientos que dividieron España. Regresa la retórica maniquea a pesar de los esfuerzos que realizamos los que, con el monarca Juan Carlos I a la cabeza, reclamamos sentido de Estado y defensa no partidista de las instituciones. Los símbolos, que deben servir a todos, se convierten en armas de ataque. En lugar de unir, son usados para separar.

Son muchos los ejemplos que la vida política nos ofrece de esta peligrosa tendencia a apropiarse de los valores del estado democrático con el objetivo de situar al adversario en fuera de juego. Después de la larga y penosa pelea alrededor de las víctimas de ETA y del deseo de paz, ahora el partidismo está erosionando a dos instituciones capitales. El Tribunal Constitucional, pilar del Estado de derecho, que no debería dar un solo motivo de duda. Y la monarquía, que, a pesar de encarnar la concordia y el gran pacto constitucional de la transición, está siendo instrumentalizada por sectores políticos y mediáticos que exageran sin rubor los ataques perpetrados por unas ridículas minorías (unos ataques que, ciertamente, deberían haber sido condenados con más prontitud por los dirigentes catalanes).

La derecha española, por otro lado, también ha perdido una oportunidad de oro para contribuir generosamente a la concordia entre todos los españoles participando en la elaboración de una ley de la memoria histórica imprescindible para redondear el reencuentro democrático entre

todos los españoles. Aunque no es menos cierto que la izquierda y los nacionalismos no han podido reprimir la pretensión de convertir la mencionada ley en un dedo que acusa al PP de correa de transmisión franquista.

La celebración de la fiesta de la Hispanidad parece ensombrecida, más que por el radicalismo de las minorías extremas y antagónicas, por la instrumentalización del patriotismo. Tal celebración se originó poco después de la crisis de 1898, en un intento de superar, mediante un voluntarismo retórico, la decadencia española; y no faltaban en ella referencias a mitos y valores que, como el de Raza, repugnarían hoy a nuestra sensibilidad democrática. Durante la democracia se ha ido refundando la fiesta de la Hispanidad sobre bases más lúcidas: el reencuentro hispanoamericano y el papel pacificador del ejército español. Esperemos que tal línea de celebración no quede alterada por la eclosión de un nacionalismo español exasperado e irredentista, ni tampoco por las chanzas antagónicas. Es de aplaudir, en este sentido, la presencia en los actos de Madrid del president Montilla y sería de aplaudir que el PP conminara a su militancia a respetar al máximo a todos los líderes democráticos en el día que se celebra una fiesta nacional. El ardor con que se agitan las banderas y se pronuncia el nombre de España no debería ser, en una sociedad madura y democrática, la única vara de medir el compromiso en la causa común.